

Los límites del modelo democrático español¹

Si la "Transición" fue, como todo proceso de cambio, complejo y matizable, el discurso sobre la Transición ha sido simplificador y torticero. Una patraña piadosa, una mentira de familia que ocultaba un pasado poco heroico y ayudaba al país a sentirse mejor de lo que era. Los primeros miércoles de cada mes todas las sirenas de París suenan al unísono. Están construyendo memoria nacional. Recuerdan los bombardeos de la aviación nazi durante la segunda guerra mundial. Con este recordatorio se está celebrando la victoria sobre el fascismo en Francia y el triunfo de la democracia sobre la reacción. Cada primer miércoles de mes, Francia rinde homenaje a aquella parte de su pasado donde hoy ha decidido mirarse: la Resistencia. Los franceses miran a la Revolución francesa o a la Resistencia y ahí se encuentran constantemente como ciudadanos. Cuando miramos hacia atrás ¿a dónde miramos los españoles?

La lectura mítica de la "Transición" sirvió en bandeja de papel al país su propia mentira, que tenía que ser gestionada por actores de doblaje a los que no se les notase ni el acento franquista ni el acento antifranquista. Cuando la disputa dejó de ser entre "franquistas y antifranquistas" para pasar a ser entre "el búnker y los demócratas", entre "inmovilistas y reformistas", el pasado se borró y Fraga, un ministro de Franco que firmó sentencias de muerte, o Suárez, secretario general del partido fascista, pudieron sentarse en la misma mesa que aquellos que pagaron con cárcel, tortura y exilio luchar contra la dictadura. En ese maquillaje del pasado, no haberse significado mucho en ningún lado se convirtió en una ventaja. Políticos que se parecían mucho a su pueblo representaron la comedia –con necesarios momentos de mayor intensidad dramática– y ese principio de gravitación espiritual que significaba la

Juan Carlos Monedero es profesor titular de Ciencia Política y de la Administración (UCM)

¹ Las ideas principales de este artículo las he desarrollado en J. C. Monedero, *La Transición contada a nuestros padres. Nocturno de la democracia española*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2011.

Transición gloriosa pasó a formar parte de las representaciones de una democracia que se acostó franquista y, sin cambiar las sábanas, se levantó demócrata de toda la vida.

Los primeros miércoles de cada mes todas las sirenas de París recuerdan los bombardeos de la aviación nazi durante la Segunda Guerra Mundial. Con este recordatorio se está celebrando la victoria sobre el fascismo en Francia y el triunfo de la democracia sobre la reacción. Cada primer miércoles de mes Francia rinde homenaje a aquella parte de su pasado donde hoy ha decidido mirarse: la Resistencia. Había muchos republicanos españoles entre los soldados que liberaron París. Después de combatir el fascismo en España se fueron a combatirlo a Francia. Allí siempre les han dado las gracias. El 15 M tuvo que recurrir a un francés de la Resistencia, Stephan Hessel, para indignarse. Nadie les había contado de los viejitos republicanos de su propia historia.

Sólo en noviembre de 2002 el Parlamento español –no en el pleno, sino en una comisión– condenó el levantamiento fascista del 18 de julio de 1936. El Partido Popular votó aquella condena contando con que bastaba aquel gesto, para ellos doloroso –¡un 20 de noviembre, fecha de la muerte de Franco y José Antonio!–, para que se pasara página. Pero las guerras, si bien pueden empezar en los parlamentos, siempre se terminan en las calles. Aquel pronunciamiento militar fracasó. En ese fracaso estuvo el origen de la terrible guerra. En la memoria, un dato contundente: mientras que en otros lugares de Europa el fascismo se impuso sin resistencia (e, incluso, con apoyo electoral), en España costó una guerra, entendida por el bando franquista como de exterminio, que duró tres largos años y a la que siguió una interminable posguerra en forma de dictadura militar que acabó cuando el dictador se consumió en su cama.

Cuando el 12 de octubre de 2004, invitados por el ministro de Defensa, José Bono, pasaron por la madrileña Castellana, con igual mérito y rango, un miembro de la División Azul junto a un soldado de las Brigadas Internacionales, se repetía el mito de las dos Españas condenadas a enfrentarse, quizá el más profundo responsable de la pelea sempiterna que ha mantenido durante tanto tiempo a España lejos del concierto europeo. Responsabilidad, debe quedar claro, que corresponde al mito, pues ocultaba la existencia de una España mayoritaria que pugnaba por la modernidad, y otra minoritaria que, con mayor éxito, la frenaba. De modo dramático se repetía una vez más la solución que acompañaba a esa fabulación interesada: emparentar a víctimas y verdugos. Utilizar ese día emblemático no dejaba de ser un mensaje a las nuevas generaciones nacidas en democracia: todos, en aquel pasado terrible, en su bondad o en su maldad, eran iguales. No otra cosa quisieron repetir con motivo de la celebración del 30 aniversario del 23-F de 1981, inventando una reconciliación política entre Santiago Carrillo, jefe de la Junta de Defensa de Madrid en 1936, y Manuel Gutiérrez Mellado, igualmente detenido en el Congreso aquella noche, y que fuera responsable durante la guerra de la V Columna en la misma ciudad (responsable de sabo-

tajes, ametrallamientos indiscriminados en las terrazas de Madrid, asesinatos y sabotajes constantes). El libreto de la Transición presentaba a los dos antiguos enemigos compartiendo tabaco, hermanados por alguien que no terminaba de entender que el pasado pasado estaba. Los que en 1936 se hubieran brindado un tiro, ahora se intercambiaban cigarrillos, como si hubieran finalmente entendido que habían llegado al sitio correcto donde los dos pertenecían. Las dos Españas reconciliadas gracias al bálsamo infalible de la Transición.

La izquierda española, porque no ha sido capaz de superar esa mentira, siempre ha tenido dificultades para respetarse a sí misma. Que iniciado el siglo XXI se rindieran honores en la Castellana de Madrid a los que saludaron brazo en alto a Franco, Hitler y Mussolini sólo puede generar falta de autoestima en los que se enfrentaron a esos genocidas patrios. ¿Qué pasó en la segunda República para que hoy gocen del mismo trato los que defendieron la democracia y los que la adversaron? La falta de autoestima de la izquierda, perdida en los laberintos de un pasado al que tiene que fragmentar para escoger unos pasajes y rechazar otros, deja el campo libre para los que buscan en una historia sin complejos que les justifica el presente. Las ideologías críticas han silenciado sus momentos heroicos, fundantes del pacto social, donde podría y debería estar la huella genética de nuestra democracia. Ese lugar llamado en 1939 España –y en el que aún nos reconocemos– bien podía servir de espejo para construir una mejor sociedad. Trenzar el hilo con ese ADN democrático bien podría servir para una mayor resistencia a, pongamos por ejemplo, una reforma constitucional que supedita el magro Estado social al pago de la deuda. La capacidad de resistencia está ahí clara. Mientras que el fascismo se impuso con facilidad en Italia, Alemania o Francia, en España necesitó una guerra de tres años y un posterior genocidio. Basta mirar hacia atrás. Sin forzar la mirada y sin necesidad de encontrar, en este caso en la República, aspectos que no existieron. No es buena tarea ir a buscar al pasado magnificas gestas que nunca se dieron. Embota la inteligencia. Pero tampoco hace falta buscar ni en la ética ni en la filosofía ni en abstractos constructos lo que ha enseñado la historia. Una historia en donde no es verdad que todos hayan sido iguales, ni en sus motivaciones ni en sus comportamientos. Ya alertó el paladín de la Modernidad, el alemán Jürgen Habermas, contra los amigos del “justo medio”, esos hombres honrados que dicen: «la mitad de culpa para Hitler, la otra mitad para los judíos».

Siempre que la democracia en España sabe a decepción y a engaño, sale la Transición a escena. La crisis económica y el escaso entusiasmo que generó la mayoría absoluta del PP en las elecciones del 20 N, configuraron el caldo de cultivo idóneo para volver a utilizar los lugares comunes de la restauración borbónica² que sucedió a la muerte de Franco. Una

² A. Ortí, «Transición posfranquista a la Monarquía parlamentaria y relaciones de clase: del desencanto programado a la social-tecnocracia transnacional», *Política y sociedad*, núm. 2, 1989.

historia repetida. La recuperación de ese “sentido común” que hablaba del “consenso” para ocultar cualquier conflicto social, rondó por caminos, pueblos y ciudades con motivo del referéndum de la OTAN, en 1986, cuando los intelectuales que se habían echado en brazos del PSOE (con maneras de película prohibida por la censura eclesial), descubrieron que también ese poder sabía, sin haber viajado por el medio oeste, «hablar con lengua de serpiente». ¿Cómo podía el Partido Socialista, aquél que hizo de la salida de la OTAN y el cierre de las bases norteamericanas uno de los principales argumentos de sus campañas electorales, traicionar con tan poco estilo sus promesas? ¿«OTAN, de entrada No», pero de salida tampoco? Y el PSOE manipuló la RTVE, la televisión española única y poderosa, a niveles que recordaron la dictadura. Esta falta de honorabilidad no podía estar en el socialismo. Ergo debía estar en la Transición.

Reapareció en 1993, cuando la derecha, cansada de estar fuera de lo que considera su lugar natural –el palacio de Gobierno– decidió inventar su castiza *caza de brujas*, camino del todo vale con tal de echar a los socialistas de La Moncloa. José María Aznar, al que le había sabido a poco la primera Transición –quizá porque, junto a Falange Española, su primera casa política, siempre la miró con malos ojos–, propuso una segunda. Al haber recelado siempre la derecha de las luces de la Ilustración, la apuesta de ese segundo transitar era sentimental y regresaba a una España eterna e imperial que hablaba castellano ya desde Atapuerca, iba a misa, se regía con mano dura centralista desde El Pardo y encontraba cierta simetría fractal en el contorno vigoroso del toro de Osborne. De pronto, la intelectualidad que, además de pensar, había mirado las piernas a Ana Belén, movido las caderas con Miguel Ríos, visto con rubor un pecho a Susana Estrada, leído *Los mares del Sur* (tenían aún pendiente, sin embargo, *Escuela de mandarines*) y levantado el puño («¿cuál es, el derecho o el izquierdo?») con Felipe González y Alfonso Guerra, se encontró con que no tenía herramientas intelectuales para defenderse de los demócratas de toda la vida, esos que, de nuevo, querían volver a encarcelar a media España. Habiendo renunciado al marxismo con urgencia de converso, y no pudiendo sustituir el arsenal intelectual de la izquierda por nada que se le aproximara, la alternativa no era fácil: o abrazaba alguna moda proveniente del mundo anglosajón –cosa que haría más tarde con los Giddens, Pettit o Lakoff– o buscaba en la fuente incontaminada de la Transición el referente en donde frenar los embates de los que olvidaban que somos consenso y en consenso nos convertiremos. Concluyeron que el PP, fundado por Manuel Fraga, el mismo al que Felipe González había nombrado «jefe de la oposición», aún tenía modos del antiguo régimen. Le hacía falta más consenso. La campaña del PSOE de 1996 asumió ese clima y sacó un doberman con fondo de Franco que no sirvió ni para que ganaran las elecciones ni para educar acerca de la perversidad de una mala lectura del pasado.

Cuando Aznar gana los comicios de 1996, la necesidad de hablar catalán en claustros al cobijo de cualquier inclemencia sirvió para que la Transición volviera a descansar en un

lugar cómodo, como una tía rica a la que se visita solamente para mostrarle los respetos por la herencia en curso. Pero se había abierto un nuevo frente, tramposo igualmente. Como la Transición era inmaculada, cada cual empezó a reconstruir su propia historia en el lugar donde más amabilidad encontrara para atacar al otro. El nuevo turnismo político desoía aquello que le dijera Alfonso XII en su lecho de muerte a su viuda: «Guarda tu virtud, y de Cánovas a Sagasta y a Sagasta de Cánovas», y representaba una lucha sin cuartel que parecía que en verdad no se necesitaban.³ El PSOE recuperó así retazos de la República y de la guerra civil –pero sólo retazos– para diferenciarse del PP y retirarle la credencial democrática, la misma que le regaló, con tanta frivolidad, antaño.

El PP, por su parte, reprochaba al PSOE sus maneras de gobernar, FILESA y demás casos de corrupción, los GAL, las visitas a la cárcel de Guadalajara, el latrocinio de Roldán o la supuesta connivencia con el terrorismo etarra. Más seguro en su saña, el PP no se detuvo, y contraatacó hasta donde hiciera falta. De nuevo, y ahora voceando los mensajes desde medios de comunicación interminables en número y vehemencia, cargó en la izquierda los orígenes de la guerra civil, señaló a la revolución de Asturias como una deslealtad a la Constitución republicana, volvió a hablar de Paracuellos, del oro de Moscú, de las iglesias quemadas y los curas fusilados, hasta llegar otra vez a la desmembración de España y el clima “guerracivilista”. La intelectualidad afín al PSOE –en especial la vinculada al grupo PRISA– no terminaba de poder atajar los ataques. Les faltaba convicción. Porque la recuperación de aquella época estaba truncada. No había sido real sino táctica. El PSOE que no había querido conmemorar el 50 aniversario de la proclamación de la segunda República, reclamaba al PP la celebración del 60 aniversario. El PSOE que, con mayorías absolutas, había dejado morir a miles de viejos que habían anhelado un mínimo reconocimiento, le reclamaba diez años después al PP la condena de la dictadura franquista. La memoria se convertía en un juego electoral.

Así, poco a poco, la derecha iba construyendo hegemonía. Allí donde apenas unos años antes se habían parado los pies a embaucadores letrados como Ricardo de la Cierva (defensor, entre otras fechorías, de la patraña según la cual el bombardeo de Gernika fue obra de dinamiteros republicanos), emergían ahora embaucadores iletrados construyendo una idea del pasado a mayor gloria del presente reaccionario, representado ya no tanto por políticos sino por sectores mediáticos con capacidad de dictar el norte al Partido Popular. Mientras España supo que Ricardo de la Cierva era un ideólogo franquista, Pío Moa, César Vidal o Jiménez Losantos pasan por formar parte de los sabios de Grecia, exitosos constructores de un nuevo sentido común que puede terminar por hacer hegemónica la idea de

³ Algo bastante falaz. Ni siquiera en los tiempos en los que el grupo PRISA construyó el exitoso mensaje de la “pinza” entre Izquierda Unida y el Partido Popular se registran acuerdos parlamentarios entre estas fuerzas en número e importancia como los acuerdos adoptados entre el PSOE y el PP. Si el PSOE y el PP acuerdan, es un asunto de gobernabilidad. Si cualquier fuerza se entromete en ese apaño, hay problemas de legitimidad.

que fue Azaña y Largo Caballero quienes empezaron la guerra civil. Al final, el juego ideológico entre derecha e izquierda queda subvertido, y todos los elementos que forman parte del arsenal de la izquierda pasan a segundo lugar. Si, como dice⁴ Eley, lo mejor de nuestras sociedades se corresponde con valores de la izquierda (igualdad, educación laica y gratuita, sanidad, sufragio libre, igualdad de género, pacifismo, etc.), en España, ese juego perverso hurta necesariamente el contenido de la emancipación.

Por eso hay que insistir en que hubo una generación en España que no cumplió con su tarea. Fueron aquellos que, pudiendo, se olvidaron de rescatar la memoria de la lucha antifranquista

La gestión del atentado islamista de Atocha en 2004 permitiría sorpresivamente a Rodríguez Zapatero alzarse con el poder. La ciudadanía le habría perdonado a Aznar el meter a España en la guerra e, incluso, el atentado. Pero no le perdonó la mentira. La primera legislatura de Zapatero corrigió deudas del pasado, entre ellas, una ley de memoria histórica que, por su timidez, no contentaba a los familiares de las víctimas y envalentonaba a los que querían pasar página sin leerla. El papel del PP en los dos gobiernos de Zapatero consistió en dejar que el PSOE se desgastara, colocando de vez en cuando algún asunto, principalmente para tranquilizar al sector nacional-católico ultra que anida en su seno. Tendría que venir la crisis económica, iniciada en Estados Unidos en 2007, para que el PSOE perdiera de nuevo las elecciones y permitiera que un PP sin programa ocupara el mayor poder institucional que nadie haya tenido desde el franquismo. Sin embargo, nunca una mayoría absoluta generaría tan poca alegría. La magnitud de la crisis y la convicción de que la economía gobierna a la política dejaban a una España sumida en la desesperanza y con la sospecha de que una agenda oculta solventaba la ausencia de programa que se reprochaba al PP (quien, pese al espectacular resultado en escaños, sacó menos votos que Zapatero en 2008 y apenas subió en 570.000 votos). ¿Tiene fuerza la sociedad civil para oponerse a la dictadura de los mercados que renunciaron a la democracia en Grecia o Italia?

Un pasado bien leído bien podría servir de conjuro contra tanta barbarie. Más aún en una España en donde, durante demasiado tiempo, se hizo cierto que «nadie se acordó de ellas y ellos cuando se hubieron muerto». Y eso que eran, en cuanto a su compromiso social, los mejores, los que se atrevieron, los que sembraron las semillas de la dignidad, los que no nos sumen en la vergüenza de tener que afirmar «nadie hizo nada». Los que dejaron la huella de nuestra democracia. Cuando echó a andar el nuevo régimen, no miramos a la se-

⁴ G. Eley, *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*, Crítica, Barcelona, 2003.

gunda república, no miramos a la guerra civil, no miramos al franquismo, y sólo buscamos el reflejo narcisista, espejo frente a espejo, en una Transición enseñoreada de la que sólo se podía aprender resignación y disciplina (es de justicia hacer la salvedad de las mujeres, que muy pronto recordaron los grandes avances de que disfrutaron con el advenimiento de la segunda República y esfuerzos como los de Clara Campoamor).

Sería vano afirmar que la España actual no es diferente de la España del franquismo. En el franquismo, reflexiones como las que aquí se vierten nunca podrían ver la luz. El lugar donde estamos siempre es un punto de salida para las siguientes generaciones. La tarea hoy, pues, consiste en construir una crítica que brinde alternativas y mejore nuestras posibilidades de vida digna. Si cada generación, como reclamaba Ortega, tiene por delante la «tarea de su tiempo», mirar a las generaciones anteriores para darles las gracias o ajustar cuentas es cuestión de buen gusto. Por eso hay que insistir en que hubo una generación en España que no cumplió con su tarea. Fueron aquellos que, pudiendo, se olvidaron de rescatar la memoria de la lucha antifranquista. La generación a la que, por tiempo histórico, le correspondía reclamar esa mirada. Por supuesto que no todos los miembros de esa generación cometieron ese exceso. Fueron los perpetradores del “memoricidio” los que, por sus posiciones de poder, representaban al conjunto, los que prestaron el tono a la época. Ni en la prensa ni en el Gobierno, ni en las escuelas ni en la literatura, ni en las exposiciones ni en los homenajes, ni en el cine ni en la universidad, ni en los sindicatos ni en los partidos, ni en la calle ni en los parlamentos. Los años ochenta y noventa fueron años perdidos para agradecer a mucha gente las tareas prestadas a la democracia. Mientras, el rey era un héroe. (Cuando falleció en 2002 María de las Mercedes, la prensa le agradeció su «enorme contribución a la democracia». ¿En qué podía consistir tamaña contribución? Al parecer, logró que Juan de Borbón y el rey Juan Carlos volvieran a hablarse.) Miles de hombres y mujeres que lucharon por la democracia no merecieron ningún reconocimiento. Se les dejó ir muriendo y nunca nadie, como grita el indignado Miralles de la novela de Cercas, les recordó por haber regalado su tiempo, su bienestar y su vida para intentar que España dejara de ser diferente. Juan Luis Cebrián, quien como director de *El País* construyó el espejo donde se armó la versión oficial de la Transición, lo afirmó con un cuarto de siglo de retraso: «fuimos una generación que tuvo demasiado miedo».

Spain is different, pero por otras razones

Correspondió a los nietos arrancar al Parlamento español la condena del golpe de Estado de 1936. No porque antes no hubiera esfuerzos en esa dirección, sino porque rompieron el relato hegemónico sobre el paso del franquismo a la monarquía parlamentaria. Fue en noviembre de 2002, gracias a la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica y

su reclamación de los cuerpos de las decenas de miles de asesinados por el franquismo y enterrados en cunetas y fosas comunes. Buena parte de ellos, asesinados cuando ya había terminado la guerra y el ejército republicano había sido derrotado. Aún así, la guerra de exterminio continuó, y entre 150.000 y 200.000 personas fueron asesinadas (114.266 son de los que pudo dar cuenta el sumario del juez Garzón). Los miembros de la Asociación y las decenas de familiares que empezaron a alzar la voz reclamando justicia resucitaron, con los restos de los muertos, la memoria olvidada de nuestra democracia. Era una señal de que el miedo estaba desapareciendo. Ese pavor que tantos españoles y españolas tenían metido en los huesos ha ido despegándose de la piel conforme se podía hablar de aquél genocidio. Cuando el 13 de marzo miles de españolas y españoles se convocaron para pedirle al Partido Popular la verdad sobre los atentados de Atocha que costaron la vida a 192 personas, el miedo ya estaba disipándose. Cuando el día siguiente el PP perdió las elecciones, no por culpa del atentado, sino por mentir sobre su autoría, terminó la Transición española. Porque más allá de lo que digan las modelizaciones de los politólogos, las dictaduras se terminan y comienzan las democracias cuando el miedo desaparece y se puede decir a los gobernantes: «estáis mintiendo». El miedo es el veneno más eficaz contra las democracias. Entra por la boca y por el oído y corrompe todos los órganos. El mejor antídoto, la memoria. Es bueno que lo sepan los padres. Aunque tengan que recordárselo los hijos. El 15 M es una continuación de esa pérdida del miedo de los nietos y bisnietos del franquismo.

Con la perspectiva del tiempo, la discusión generacional debe insistir en este ángulo más terrible vinculado a la “diferencia de España” y su tenaz persistencia histórica. Porque España no es realmente diferente en cuanto a los defectos de las democracias liberales. Basta echar una ojeada a la Italia de Berlusconi y su salida “tecnocrática” para ver que defectos quizá aún más graves se encuentran también en otros países. La diferencia no está en lo que tenemos, sino en lo que no tenemos.⁵

La ciudadanía republicana europea está profundamente vinculada al antifascismo (el salto de consciencia y práctica a que obligó el fascismo y la organización política y social para su derrota). De hecho, lo más progresista de las democracias europeas está vinculado a estas posiciones. En la Europa occidental, la derecha se hizo fascista en los años treinta, lo que condujo, en una situación de crisis del capitalismo y de reestructuración política debido a la consolidación de la Unión Soviética, a la guerra. La lucha contra las

⁵ Italia, como el lugar más desestructurado democráticamente de la Europa occidental, posee dos “instituciones” que complican su gestión política y social: el Vaticano y la mafia. Nótese que en España, la Iglesia es igualmente un factor muy poderoso y las estructuras caciquiles tradicionales, sin haber construido un entramado tan denso como la mafia, mantiene en partes del país redes clientelares que tienen la misma lógica que las redes mafiosas del sur de Italia. Pero mientras que en el centro y el norte hay una Italia heredera de la oposición a Mussolini, el antifranquismo en España, salvo en el País Vasco y núcleos de Cataluña –sobre todo Barcelona– no tiene la misma densidad que en Italia. En la pelea entre estos dos ámbitos se juega Italia la calidad de su democracia.

potencias del Eje se articuló como lucha antifascista. Derrotado el fascismo y el nazismo, derivaciones de las democracias liberales de los años treinta, correspondía al antifascismo la reestructuración de la democracia europea. Pero la propia democracia liberal se recompuso urgentemente (ayudada por los acuerdos de Yalta y Potsdam y por el Plan Marshall) y reclamó para sí esa tarea, de manera que la discusión se trasladó interesadamente desde la confrontación “fascismo y antifascismo” al enfrentamiento “antifascismo y democracia liberal”. Si el primero fue el que sentó las bases de una superación dialéctica de los problemas a los que el capitalismo y la democracia liberal habían llevado a Europa, el segundo se encargó de recuperar los valores tradicionales de la democracia parlamentaria y del mercado capitalista. El resultado de esa pugna trajo como resultado la articulación de los Estados sociales, un paréntesis de la historia del capitalismo que situó a la socialdemocracia en lo que se llamó su “edad de oro”, apoyada por los partidos comunistas, sobre todo a través de los sindicatos de clase sobre los que tenían una gran influencia.

Más que un “referente vacío” –donde podría colgarse cualquier aspecto– el antifascismo en España se convirtió en un “referente invisible”. El antifascismo español fue aniquilado, encarcelado o silenciado. Buena parte de lo mejor rindió sus frutos en el extranjero, en Europa y en América Latina. Además, la continuidad generacional de ese referente sufrió los embates del alejamiento del mismo durante la Transición y, después, de la falta de puentes creados para recuperar esa tradición e ir enriqueciéndola. Es la ausencia en España de una ciudadanía crítica, comprometida con los valores cívicos –republicana, en el sentido clásico del término–, movilizadora en defensa de sus derechos, usuaria de medios de comunicación críticos y objetivos, culta, lectora, cinéfila. Aspectos todos en donde debe encontrarse la “España diferente” que contrasta con el resto del entorno europeo con el que nos corresponde compararnos.

Esa ausencia de ciudadanía crítica se agravaba con el cierre generacional creado por la izquierda crítica en los últimos treinta años (quizá la única salvedad haya sido el País Vasco, lo que explica la vitalidad del entorno abertzale). El compromiso cívico de la izquierda republicana ha llevado a que las nuevas generaciones nunca hayan tratado a sus mayores como ellos hicieron antaño con los suyos (baste recordar cómo trató el PSOE de Felipe González y Alfonso Guerra al PSOE del exterior dirigido por Llopis, o al PSP de Tierno Galván), de manera que no es extraño ver a personas que mandaban hace treinta años seguir en posiciones de poder en todas las arenas sociales (la reactivación de la vieja guardia planteada en el PSOE tras los intentos de derribo de Zapatero son una señal en esa dirección). La conclusión es que España siempre ha tenido un déficit de ciudadanía crítica y, como agravamiento, es precisamente en ese ámbito donde menos recambio generacional se ha verificado en los últimos veinte años.

La Transición autorizada

El franquismo agonizaba al mismo tiempo que el fordismo, el modelo propio del capitalismo de posguerra, golpeado por la crisis de productividad, el agotamiento del impulso industrial basado en la industria automotriz, la subida de los precios del petróleo y la caída de la rentabilidad empresarial. La muerte de Franco vino a coincidir con los avances de una nueva forma de organizar el mundo. La crisis del capitalismo se presentó de forma aún más grave en países como España –y de manera similar en Portugal y Grecia– que tenía una gran dependencia energética, escasa capacidad de reacción de las autoridades, una elevada inflación acumulada (del 14% a finales de 1973), un alto déficit presupuestario y de la balanza comercial, y problemas estructurales en sectores hasta el momento de gran importancia.

Las transiciones a la democracia en el sur de Europa formaban parte de un nuevo diseño donde el capital tenía que ejercer necesariamente de manera transnacional, donde la flexibilidad iba a ser una característica exigida por el nuevo modelo económico y en el que la población debía colaborar con sacrificios para, en ausencia de un Estado intervencionista como el que actuó en los llamados dragones asiáticos, no quedar descolgados dentro del concierto internacional (esto es, el sistema debía gozar de legitimidad para, manteniendo sus tradicionales bajas productividades, encontrar su espacio en la economía internacionalizada). Ese nuevo diseño transnacional precisaba, en resumidas cuentas, la ampliación y flexibilización pacífica de las bases del mercado mundial.

La relevancia que se le concede a los factores institucionales, imbuidos de una supuesta racionalidad, pierden de vista la consideración de otros elementos más determinantes. Aguilar⁶ atribuye un papel, como si de un actor con voluntad unificada se tratara, a una supuesta *sociedad* que tomaba decisiones y a *un sector importante* de los demócratas, a quien les preocuparía la repetición del desastre republicano,⁷ sin explicar, obviamente, cómo expresaban esa opinión esos actores colectivos. Esto no se corresponde con la realidad. Entender, como afirmábamos al comienzo, la dialéctica *franquismo-antifranquismo* –en vez de la interesada *inmovilismo-reformismo*– ayudaría a no atribuir motivaciones cuasi democráticas –y en cualquier caso bienintencionadas– a determinadas decisiones políticas o constitucionales cuya razón de ser estaba en acuerdos de mera voluntad de poder y de control del proceso, algo meridiano en la formulación monárquica como garante de determinada continuación del régimen; en el bicameralismo, donde el Senado, con la importante presencia de Senadores reales, habría de funcionar como un cámara alta; o en la articulación electoral a la busca de mayorías estables conservadoras.

⁶ P. Aguilar, *Políticas de la memoria y memorias de la política*, Alianza, Madrid, 2008.

⁷ *Ibidem*, p. 232.

Los problemas que han acompañado a buena parte de las transiciones en América Latina han llevado a algunos autores a diferenciar las democracias según la *accountability* (rendición de cuentas), es decir, según la responsabilidad que puede reclamar y reclama activamente la ciudadanía a los gobernantes. Vista la debilidad a la que conducían los modelos cupulares de Transición, las vinculaciones existentes entre la inexistencia de rupturas vitales claras con las dictaduras y la escasa calidad de las democracias resultantes, Guillermo O'Donnell⁸ construyó un modelo que iba más allá de las definiciones formales de la democracia al incorporar unos factores que no quedaban recogidos en formulaciones clásicas. Según las definiciones "mínimas" de democracia,⁹ los requisitos democráticos eran (aunque más tarde incorporaría elementos de redistribución de la renta): la elección de las autoridades en elecciones libres a través del sufragio universal, con libertad de expresión, información y asociación, así como libertad para ser candidato.

O'Donnell, profundizando en otra dirección, añadía otros requisitos: (1) la idea de *universalismo*, es decir, imperio de la ley válido y obligatorio para todos; (2) la rigurosa *separación entre lo público y lo privado*, esto es, la no patrimonialización de lo público que lleva a su apropiación particular; (3) y, más allá de la *responsabilidad vertical* que se ejerce en las elecciones, una *responsabilidad horizontal* que se ejerce cotidianamente y está vinculada a una forma estricta de entender y hacer respetar a los gobernantes las reglas de juego. Estos rasgos permitirían diferenciar entre una *democracia plenamente consolidada*, encarnada de manera típica ideal en los modelos nórdico y anglosajón, y las que llama *democracias delegativas*, donde las características se definen por la negación de los rasgos principales de las anteriores: (1) *particularismo* frente a universalismo, con la consiguiente discrecionalidad del poder e incumplimiento real de las normas; (2) *confusión* de lo público y lo privado, y los correspondientes clientelismos, corrupción y patrimonialización; (3) y frente a la responsabilidad horizontal, *liderazgos caudillistas*, populismo paternalista e impunidad del poder.

A los elementos señalados por O'Donnell, y pensando en la construcción de democracias de "alta densidad", podemos añadir cuatro requisitos en aras de medir la calidad resultante de la democracia española nacida de la Transición: (1) la existencia de una opinión pública informada e independiente, con acceso a medios de comunicación plurales; (2) el cumplimiento de las reglas de funcionamiento de mercados no oligopólicos (como ocurre, en la dirección inversa, con el sector financiero), la existencia eficaz de una supervisión estatal para evitar los fallos y problemas del mercado, y el apoyo estatal a las formas de economía social y mantenimiento del Estado del bienestar; (3) la primacía de la sociedad civil; (4) la existencia de una cultura cívica –republicana– que refleje un alto nivel de infor-

⁸ G. O'Donnell, «Otra Institucionalización», *La Política: Revista de estudios sobre el estado y la sociedad*, núm. 2, 1996, pp. 5-28.

⁹ R. Dahl, *La poliarquía: participación y oposición*, Tecnos, Madrid, 1990.

mación, disposición a la participación y censura de los comportamientos corruptos o ineficientes.

En el caso español, ninguno de esos criterios de calidad se cumple, pues a la corrupción y colusión entre lo público y lo privado se une el amplio consentimiento popular con esos comportamientos, relacionado a su vez con el escaso tejido asociativo español (apenas recientemente cuestionado por el 15 M). La alegría por el advenimiento de un régimen que acabó con la opresión de una dictadura no necesita pagar –como en una culpa cristiana– el precio de sacrificar la calidad del ordenamiento democrático. Recuperar los malos acuerdos del pasado se convierte en un requisito para alcanzar la calidad democrática ausente.

No es extraño que todas las luchas que ayudaron a derribar la dictadura (las luchas que obligaron a las élites franquistas a entender que con la muerte del dictador se terminaba su régimen) sigan siendo asignaturas pendientes de la democracia. La lucha por una vivienda digna, que sirvió para reubicar a decenas de miles de familia que vivían en los cinturones de miseria que bordeaban las grandes ciudades, se compadece mal con degeneración de la cultura del ladrillo que corrompió el grueso de la política de partidos y desembocó en la explosión de la burbuja inmobiliaria. La lucha por el empleo, que dibujó escenarios de dura lucha y curtió a la clase obrera en muchas zonas del país (Vitoria, los portuarios en Barcelona, Gijón, Sagunto, Bilbao, ocupaciones de fincas por el SOC en Andalucía), choca con un país con las tasas más altas de desempleo de la Unión Europea-15. La lucha contra la monarquía y la Iglesia, referencias de la República perdida con la derrota en la guerra, rebota contra la defensa a capa y espada de estas dos instituciones por el sector financiero y el sector mediático como referentes del mantenimiento del *statu quo* social, político y económico. La lucha de los penenes en la universidad tiene hoy el escenario pervertido de una universidad pública burocratizada, esclerotizada y con una pérdida constante de presencia social, más allá de ser una reserva de jóvenes sin perspectivas laborales. La lucha por la escuela pública tiene hoy el correlato de las escuelas concertadas donde no tienen cabida ni los sectores más humildes ni la inmigración. La exigencia de una mayor calidad de vida o de acceso a un ocio más inteligente, tuvo el caso de ver convertirse CNN+ en Gran Hermano 24 horas...

La Inmaculada Transición: un problema de relato

El camino escogido durante la Transición no fue el único posible (las variaciones siempre son múltiples) pero fue de los más cómodos. Aun con menos comodidad, tampoco podemos afirmar que todo podría haber sido necesaria y radicalmente distinto y mejor de haberse optado por la opción rupturista. Sólo desde una torpe teoría conspirativa –no desde una astuta teoría que sabe que cualquier poder conspira– puede asumirse que existió una pizarra donde se escribieron las pautas por donde iba a discurrir sin variaciones el finiquito del

franquismo. Tampoco se debe caer en la falacia naturalista de creer que lo que realmente sucede es siempre lo *mejor* que podría haber ocurrido; de la misma forma, tampoco aportan gran claridad contrafácticos (lo que pudiera haber ocurrido de variar alguno de los elementos de la realidad histórica sucedida) que se conviertan en credos morales y olviden que esos ejercicios intelectuales sólo tienen sentido como instrumentos heurísticos que iluminen rasgos del presente (lo que Boaventura de Sousa Santos¹⁰ llama «sociología de las ausencias y sociología de las emergencias»).

El comportamiento autoritario y la debilidad del “yo social” explican en la actualidad la desconfianza hacia lo colectivo, la apatía política y el descrédito hacia los partidos y los políticos

Es importante entender que el proceso abierto a la muerte del dictador Franco se desarrolló como lo hizo básicamente debido a cuatro razones: (1) a la voluntad política de los continuadores del franquismo (la UCD y AP, luego PP) y a la falta de coherencia ideológica del PSOE, que renunció a hacer valer la memoria arrebatada; (2) a las exigencias externas para que España se mantuviera en el bloque occidental de la guerra fría; (3) al exilio de los intelectuales, que, primero, asumieron el “pacto” de la Transición según el cual desaparecían del debate la segunda República, la guerra civil y el franquismo con todos sus atentados a los derechos humanos, y después, se convirtieron en acrílicos acompañantes de la gestión del PSOE de Felipe González; (4) la debilidad de la sociedad española (incluidas las fuerzas de la izquierda, representadas emblemáticamente en el PCE como principal partido que peleó contra el franquismo), con poca capacidad de respuesta después de cuatro décadas de férrea dictadura militar, y siempre sometida a la presión que mantuvieron los militares durante todo el proceso amenazando con una nueva intervención.

No tienen sentido, por tanto, afirmaciones entusiastas sobre la Transición: «un indudable motivo de orgullo colectivo», en palabras de Powell;¹¹ o que invaliden el análisis del presente por la loa del pasado: «a la Transición no se le puede achacar ningún déficit democrático» (Santos Juliá); o sostengan que «no hay un pecado original en nuestra Transición» (Tusell). Más bien al contrario, el proceso muestra: (1) la casi nula independencia de España respecto de los Estados Unidos y Alemania; (2) la escasa densidad de los mimbres democráticos con los que contaba el país después de una guerra civil entendida por los que la iniciaron como *cruzada* contra la anti España y, por tanto, como una guerra de exterminio; (3) la debilidad de la sociedad civil tras cuatro décadas de dura represión de toda disidencia;

¹⁰ B. de Sousa Santos, *El milenio huérfano, ensayos para una nueva cultura política*, Trotta, Madrid, 2005.

¹¹ C. Powell, *El piloto del cambio. El rey, la Monarquía y la transición a la democracia*, Planeta, Barcelona, 1991.

(4) el miedo producido por el recuerdo de la guerra civil, agitado constantemente desde los medios de comunicación; (5) la cesión que la débil burguesía antifranquista acordó con la débil burguesía franquista; y (6) el centralismo democrático de las organizaciones obreras y de izquierda que anegaron la participación rupturista apenas empezaba a despuntar.

De ahí que, al igual que resulta imprescindible la comprensión de la Transición política para poder aprehender el sistema político español (algo obvio en lo que se refiere a la elaboración y significado de la Constitución de 1978 o al funcionamiento de nuestro Parlamento), la Transición no puede zanjarse sin dar cuenta de las cuatro décadas de dictadura militar bajo mandato del general victorioso de la guerra civil, el caudillo Francisco Franco. Pues son el comportamiento autoritario y la debilidad del “yo social” los que explican en la actualidad la desconfianza hacia lo colectivo, la apatía política y el descrédito hacia los partidos y los políticos, la revalorización del individualismo y la anomia, la explosión violenta del tribalismo (que está detrás, animado por el componente autoritario, del conflicto en el País Vasco), la animadversión hacia el extranjero o el diferente, el caudillismo, la corrupción de los políticos y de la Administración, la debilidad de la sociedad civil y, en definitiva, el desentendimiento ciudadano por la marcha de los asuntos colectivos, con la consiguiente apropiación individual de los espacios e instituciones públicas, factores que marcan en conjunto aún una divergencia de España respecto de la media europea occidental.

Las deficiencias de la democracia española (donde no es la menor el problema del nacionalismo, sea en su vertiente españolista, en la insolidaria catalana o en la enajenada y violenta de Euskadi) comparten una porción de la crítica a la democracia representativa que es afín al conjunto de los países europeos. Pero aporta su especificidad hasta extremos que no permiten complacencia. Como resumió Jesús Ibáñez,¹² el consenso siguió socializando a los españoles (y a la clase política que ha gobernado la democracia) en la cultura del autoritarismo, la dejación de responsabilidades y el miedo. En definitiva, el consenso significaba, como ocurrió al regresar el emblemático cuadro de Picasso, ponerle un cristal al Gernika, símbolo de la España antifranquista, para evitar que fuera destrozado por los enemigos del pluralismo. Era un símbolo de una «democracia a la que se miraba desde un escaparate», una democracia que nacía atenazada por el horror y que todavía tenía que esperar para poder manifestarse en plenitud

A vueltas con el cansancio

La crisis general que atraviesan las democracias occidentales, contaminadas por la gripe norteamericana a partir de 2007, afecta a todos sus ámbitos. Es crisis económica pero tam-

¹² J. Ibáñez, *A contracorriente*, Fundamentos, Madrid, 1997.

bién ecológica, inmobiliaria, financiera, alimentaria, política... Las promesas de humanizar el capitalismo pronto se vieron desahuciadas (como decenas de miles de familias de sus hogares). Lejos de acabarse con los paraísos fiscales, de moderar los sueldos de los grandes gestores, de controlar el mundo financiero o de establecer ayudas a los inocentes y castigo a los culpables, lo que vio Occidente fue el plan de desmantelamiento del Estado social más completo desde su instauración después de la derrota de los fascismos en la segunda guerra mundial. América Latina, que había tenido cierto éxito desconectándose de los centros financieros tóxicos occidentales, pudo seguir su rumbo intentando, con esfuerzos, encontrar su propio camino gracias a gobiernos de diferente grado y pericia dentro de la izquierda. Como una sorpresa que debiera mandar al paro a miles de torpes o perezosos empleados (todos los servicios de inteligencia, los centros de estudios sobre Oriente Medio y el Magreb, las cátedras especializadas en el mundo árabe, la CIA, el MOSAD, el CESID y demás centros de la llamada "inteligencia"), el mundo árabe, desde el Sahara hasta Irán, pasando por Túnez, Egipto, Yemen, Libia o Argelia, empezaron a abrir en el mundo árabe una democracia para la que, se había dicho hasta la saciedad, el pueblo no estaba preparado. Un pueblo en la calle que no había esperado ni a teóricos ni a políticos y que, para saber a dónde quería ir, empezó a mirar hacia atrás.

Treinta y cinco años después de la muerte de Franco, también hay en España gente en la calle, si bien desmoralizada por la debilidad de una democracia que ya ni promete ni cumple. Gente que, quizá, pueda empezar a sospechar y mirar también hacia atrás. A diferencia de lo que ocurrió en el franquismo, donde los problemas no podían regatearse eligiendo a otro franquista en elecciones, los sistemas democráticos liberales permiten ese juego que, en cualquier caso, siempre generan al menos en el corto plazo, alguna esperanza de cambio con el recambio en el Palacio de la Moncloa. Pero, como indican invariablemente todas las encuestas, la desafección ciudadana crece. Se mantiene cierta legitimidad difusa (en las instituciones que validan la democracia, como el Parlamento y también la Monarquía) pero cae en picado la legitimidad concreta (la credibilidad de las personas que ocupan cargos institucionales, con la salvedad del rey Juan Carlos, bien cubierto desde hace décadas de cualquier problema). Pero hay inquietud. ¿Y si los recambios en el Gobierno no sirven para generar confianza y obediencia? ¿Y si el recambio en la institución monárquica supusiera un debilitamiento radical de la misma? No es extraño que el Príncipe Felipe pidiera una segunda Transición en 2010. Los momentos de crisis, como venimos diciendo, son siempre un buen momento para sacar de procesión a la *Transición* (así, con mayúsculas).

Si las víctimas del empobrecimiento de nuestra democracia empiezan a sospechar, si transforman el dolor en conocimiento, el conocimiento en voluntad de cambio, la voluntad de cambio en poder para cambiar, y ese poder decide ponerse en marcha, harían falta entonces referentes. Llegaría el momento de construir "una pedagogía democrática" no a

partir de una Transición opaca sino de una Transición transparente.¹³ Releer de manera diferente lo que ocurrió, darle voz a los silencios, quitarle argumentos a las interpretaciones forzadas, ¡No la toques más! ¡Así es la Transición! Como la rosa de Juan Ramón Jiménez, «No removamos el pasado». «¿A quién le interesa el pasado?», «Nada bueno puede traer regresar a las viejas heridas». El ayer...

Pero, si en verdad es pasado y sólo pasado ¿no daría lo mismo removerlo? ¿Por qué tanto revuelo ante la recuperación de la memoria perdida y la reconstrucción de la Transición? Se trata, muy al contrario de lo que plantean los que quieren vencer al pasado con el olvido, de hacer de la historia *magistra vitae* (Koselleck). Encontrar ayer argumentos y fuerza para la rabia retenida de hoy. En un momento en el que el contrato social está siendo desafiado, en el momento histórico en el que el Estado social y democrático de derecho está puesto en cuestión, la presencia social de la memoria antifascista de la Transición serviría para ver aquellas luchas como anticipación de la rabia actual. El ejemplo de aquellas personas que se lo jugaron todo por defender la democracia sería el mejor ejemplo para que la sociedad volviera a jugárselo todo por defender el carácter social de la Constitución. Y el movimiento que ha venido a romper la cómoda tranquilidad de la democracia española, el 15 M, en vez de recurrir a un francés miembro de la Resistencia –siempre mejor que nada–, buscaría en su propia historia ejemplos de rebeldía.

Así, sintiendo en su devenir histórico la huella de sus mayores, podría, con mayor facilidad, explicarse a sí mismo que no está escrito en las estrellas que tenga que aceptar resignadamente ningún fatalismo –venga de Europa, de los mercados o de los burócratas–, que le obligue a renunciar a la defensa de la democracia y a su profundización.

¹³ G. Morán, *El precio de la transición*, Planeta, Barcelona, 1991.